

42. Biblioteca María Zayas 2

En la biblioteca una mujer ya mayor, muy delgada, vestida estrafalariamente como una *hippy* (quizás lo fue hace cuarenta o cincuenta años), lee la primera página de una novela titulada *Ordalía de los fantasmas*, escrita en inglés, durante el siglo XIX, por el vidente español, afincado en Londres, Gastón Nhariel. El primer capítulo le ha parecido bastante soporífero a esta anciana inconformista y pasada de moda; pero el principio es lo de menos. Lo intrigante es cómo terminará esta historia en la que siete personas, en una habitación sahumada de incienso y apenas iluminada por velas, invocan, con una ouija, a un espíritu que está, ahora mismo, tranquilamente sentado en una confortable mecedora, en la biblioteca de la fortaleza de Earl Grey. Frente a él, sir Thomas Blackcurrant, el nonagenario dueño del castillo, observa espantado al espectro, quien, sonriendo, decide no acudir a la llamada de los esotéricos, pues prefiere quedarse a tomar el exquisito y aromático té al limón destinado a sir Thomas.

Sentada en otro rincón de esta gran sala, una profesora se plantea un dilema cotidiano: suspender o no suspender. En este caso, se trata del examen de un alumno de primero de enfermería, que, por ejemplo, a la pregunta «describe la parte externa del aparato genital femenino» contesta:

«La vulva o parte externa del aparato genital femenino se encuentra en la región pirineal, ocupando un lugar intermedio entre el monte de Venus y el ano (con perdón). Está formada por los labios mayores, los labios menores, el clítoris, las glándulas de Bartholino y Kleenex, y, finalmente, por el burejo propiamente dicho».

Tres mesas más allá, un desesperado intenta acabar su trabajo de filosofía a contrarreloj, escribiendo, con mala letra y como puede:

«Solo existes una vez; no hay heterno retorno. Clones identicos a ti mismo se rrepiten durante toda la eternitud, pero tu, tu mismo, tu solo esixtes una vez. Carpe diem».

—¡Pero tío! —exclama un amigo que, misericordiosamente, le corrige las numerosas faltas de ortografía—. ¿Esa chorrada vas a poner en el trabajo? Tío, tú cateas seguro.

—¿Y qué quieres que haga? Mi novia se encontró el libro del Nietzsche de los cojones y cuando leyó que a las mujeres occidentales habría que comprarlas y venderlas como se hacía antes con las chinas, lo tiró a la basura. Dijo que era una mierda.

—Vale, tío, será una mierda, pero tú vas a catear...

—Bueno... ¿qué se le va a hacer? Mi novia está mucho más buena que Nietzsche.

El canto de una alondra en el ventanuco se clava en el aire. Todos alzan la cabeza para mirar al pájaro, y este, como si se diera cuenta de que ha captado la atención de su público, trina todavía más fuerte y armonioso. Terminada la actuación, se marcha, y todos vuelven a lo que estaban haciendo.

Una veinteañera blanca y pecosa, con rizos taheños, escucha boquiabierta y complacida los susurros de una joven con los ojos como violetas, vestida totalmente de negro: «en la biblioteca siempre hay ángeles escuchando tus pensamientos... Sólo tienes que pensar algo interesante, algo poético, y vendrá uno de ellos junto a ti, y si tú quieres, es posible que te abrace». La pelirroja se estremece y mira al vacío, fantaseando con seres alados y luminosos que nunca ha visto, pero en los que cree firmemente. Se figura a uno de ellos paseando por la enorme sala, ojeando los libros que la gente estu-

día, consulta o lee; lo supone mirándola de frente, sin que ella pueda verlo. Después, lo imagina marchándose por el pasillo que comunica la gran sala con una puerta que casi siempre permanece cerrada con llave, pero que el ángel no tiene dificultad en atravesar.

Tras esa puerta hay una pequeña habitación repleta de valiosísimos manuscritos, curiosos incunables y varios miles de ejemplares algo más recientes, pero no por ello menos interesantes. He aquí su historia.

★

Entre los pasadizos subterráneos de la ciudad se encontró, hará unos veinticinco años, un habitáculo lleno de los más diversos libros y códices, los más antiguos de los cuales datan del siglo XI. Habían permanecido intactos allí merced a un ingenioso sistema de ventilación que impedía que fuesen destruidos por la humedad. Tampoco habían sido atacados por insectos o ratas, quizás por un milagro, quizás por los venenos que se encontraban en su camino, o simplemente, porque no encontraron por dónde entrar.

No siempre estuvieron allí esas obras. Durante cientos de años, mientras la ciudad ardía y sufría en las guerras o vivía y crecía en la paz, un exiguo espacio secreto, ubicado en la torre del convento de las monjas magnolinas, acogió una pequeña colección de tesoros literarios, incluidas algunas obras del *Index librorum prohibitorum* —el índice de libros prohibidos por la Iglesia Católica—. Todo este saber fue salvado de la Inquisición y de la hoguera, así como de los ladrones y del deterioro del tiempo, porque, generación tras generación, un grupo de piadosas monjas los habían ocultado y cuidado. Fue durante el turbulento siglo XIX cuando las religiosas pensaron que su tesoro corría peligro, igual que ellas; así que

decidieron transportarlos a esa limitada oquedad, cerca de su propio refugio subterráneo. Gracias a esta estratagema, ningún libro se perdió, y ninguna de las hermanas fue violada ni muerta en las sucesivas guerras civiles que flagelaron España.

Según se publicó en el diario *El Manzanares*, cuando en 1966 la Congregación para la Doctrina de la Fe (sucesora del Santo Oficio) dispuso que tanto el *Índice* como las penas de excomuniación indicadas en él ya no eran vigentes, las monjas magnolinas (que siempre tuvieron fama de ser un pelín heréticas) podrían haber sacado a la luz esas obras clandestinamente conservadas, pero no era aconsejable hacerlo debido a la situación de represión política que se vivía entonces en España. Fue durante la consolidación de la democracia cuando estas religiosas se sintieron libres de alzar su voz melindrosa y descubrir su secreto, desvelado en 1983. Las obras fueron expuestas al público durante tres semanas. Desde entonces, los volúmenes, aunque siguen siendo oficialmente propiedad del convento, reposan en esta pequeña estancia de la biblioteca, a disposición de los profesores, críticos, religiosos o quienquiera que, con la debida acreditación, desee estudiarlos.

En realidad, todo lo publicado en *El Manzanares* es una mixtificación cuya finalidad implícita no es otra que loar la supuesta libertad de expresión del sistema democrático. Lo que ocurrió en realidad es que el ayuntamiento había decidido construir un aparcamiento subterráneo debajo de la plaza; de realizarse la idea, se destruiría el entramado de túneles y cámaras subterráneas, y, entre estas, la estancia de los libros. Se levantaron en contra del proyecto las voces de dos o tres historiadores, pero vivimos en un país en el que, cada vez que alguien levanta una piedra, sale una ruina (o dos) de gran valor arqueológico, y en el que el parque automovilístico se ha triplicado en treinta años. Por eso al pue-

blo de Madrid el aparcamiento le pareció un excelente plan, aun sabiendo que destruiría parte de su patrimonio histórico; no así a las monjas magnolinas, quienes veían peligrar su singular biblioteca. Esta ya no podía ser devuelta al escondite original, pues la torre del convento había sido destruida durante la guerra del treinta y seis, y, en aquellos años de hambruna, las monjas prefirieron renunciar a su reconstrucción y destinar el dinero a paliar el hambre y el frío de la gente. Por eso en el lugar de la torre se construyó un pequeño patio interior, que resultaba mucho más barato.

Así que poco antes de que comenzasen las obras del aparcamiento, las seguidoras de santa Magnolia, temerosas de ver perdida su labor de siglos, decidieron descubrir su ignota colección, no al obispo, como hubiera sido su deber, sino al ayuntamiento. Y, gracias al don de gentes de su portavoz, la hermana Silvia (de apellido Duvizón), sacaron además un trato provechoso: a cambio de ceder los libros a la biblioteca durante cincuenta años (en los cuales serían reparados, estudiados, revisados, publicados, etc.) verían su torre reconstruida tal y como era en el siglo XVI, con su secreto rincón. Por eso, aunque finalmente el aparcamiento no se construyó (porque el contratista de obras se largó con el dinero a Brasil), tanto las reverendas como la concejala de cultura del ayuntamiento se sintieron satisfechas del acuerdo que habían logrado.

Aparecieron entonces libros como *Bestiarius*, un anónimo bestiario medieval en el que aprendemos sobre animales fantásticos como un suricato con alas de mariposa, o sobre los gatos alados que se lanzaron desde los tejados del convento para impedir que santa Magnolia fuera violada en el asalto perpetrado por los sarracenos en el siglo IX. De ahí el respeto, extrañísimo en el Medievo, de las monjas magnolinas por los gatos, que llega hasta nuestros días.

Otro libro, escrito a finales del siglo XVI por don Antonio de Mexía (1497-1569), *Oráculo de discretos*, habla de las extrañas propiedades del mercurio, pues mezclando una pizca de hierbabuena y una ramita de canela, y echándole tres gotas de mercurio, obtendremos la poción que nos permitirá adivinar si un esposo o una esposa es fiel, sólo con echar unas gotas de la poción en un mechón de su cabello: si se torna de un color amarillo fuerte, ya sabemos que hemos sido engañados. Y, para recuperar al amante infiel, Mexía nos ofrece varios remedios, uno de los cuales consiste en lavar su cabeza con una mezcla de alheña y cerveza; ignoramos si funcionará, pero es seguro que los presuntos adúlteros tendrán el cabello más rojo y brillante de toda la comarca.

Durante la Edad Media cundió por toda Europa el nombre de un libro, *De tribus impostoribus*, de autor desconocido, cuyos protagonistas eran Moisés, Jesucristo y Mahoma, y que las alarmadas autoridades eclesiásticas querían descubrir y destruir. Como jamás dieron con él, eruditos posteriores determinaron que el libro no existía. Hoy, 21 de marzo de 2002, en la pequeña sala donde ven la luz obras largamente sepultadas, una mujer, doctora en literaturas medievales y profesora de Narración Histórica en la Facultad de Bellas Letras, está leyendo, sin apenas dificultad, las páginas del único ejemplar que ha sobrevivido hasta nuestros días.

Cerca de ella, el padre Josué Benítez revisa un volumen bastante más ortodoxo para los católicos: se trata de la primera hagiografía de santa Magnolia, un manuscrito de la época de Alfonso X, anónimo (ni tan sólo viene el nombre de la copista), en el que se relata cómo santa Magnolia, al nacer, tenía unos antojos muy extraños en manos y pies, y también en la frente, como si fueran los clavos y la corona de espinas. Por eso, cuenta el manuscrito, su madre:

...pues que hovo parido e la vío, maravillosse d'ella cuemo de cosa que no viera nuncua fasta aquella hora, et mandola luego man a mano poner en un tajadero muy fermoso et crubirla con unas tava-
jas muy blancas, et enviola en poridat al rey. Et el rey mandó luego venir un sabío adevino, et el adevino dixo al rey que la criatura debe seer gloriosa en todo el mundo, e fará mucho bien a los christianos.

Sigue el documento contando la infancia de santa Magnolia, su profesión de fe, sus primeros milagros (el más famoso de los cuales nos narra cómo resucitó a una niña judía), la fundación de la orden de las magnolinas, su muerte, sus milagros tras la muerte...

Muchos más tesoros se guardan en esta recámara: la *Crónica de Isaac Bar Nathan*, que relata el legendario viaje de su autor desde Córdoba al lejano reino judío de Kazaria, donde fue recibido por el rey José; la autobiografía de una tal sor Teodora, también conocida como Bradamante, que vivió en la época de Carlomagno; el *Evangelio según María, hermana de Jesús*, escrito, según expertos filólogos, a mediados del siglo I; el *Libro de los egennos*, de don Juan Manuel... Pero también, en este batiburrillo, hay libros sin ningún valor, ni literario, ni histórico, ni religioso, ni siquiera monetario: no está de más recordar que este compendio del saber no se ha hecho según otro criterio que el gusto particular de cada una de las monjas magnolinas, quienes podrían enorgullecerse de cuanto han leído, si no fuera porque el orgullo es uno de los siete pecados capitales.

★

No sólo en las salas que hemos visto hay libros; hay más en los fondos de la biblioteca, en los sótanos; cualquiera

puede acceder a ellos, sólo con rellenar una ficha de préstamo y entregársela al bibliotecario. También podemos hallar, en este gran edificio, una sección infantil donde a menudo hay cuentacuentos, el paraninfo, la sala de exposiciones, una reproducción del estudio de Ramón Gómez de la Serna y un pequeño balcón acristalado, situado en una de las esquinas de la gran sala de lectura. Este último lugar, que Fabrizio Rossi llamó *belvedere*, tiene forma cilíndrica, las grandes cristalerías dan a los bancos de la plaza y a la calle Mira el Cielo. Es un rincón acogedor en el que entra suave la luz de la mañana; aun así, su largo asiento circular, rojo y aterciopelado, pegado a la pared, normalmente está vacío: la gente prefiere los sillones del Salón Comodón si van a leer, o las mesas y las sillas, si van a estudiar. No se puede negar, sin embargo, el encanto de este sitio: de vez en cuando, se ve a alguna persona joven leyendo quién sabe qué libro fascinante, o simplemente mirando, desde la tranquilidad y el silencio, el tráfico exterior y la gente que camina deprisa por la plaza.

Ahora hay un anciano sentado aquí, el sol se refleja en sus cabellos blancos y sus manos acarician un libro que sus ojos no pueden leer. *La rosa infinita* es su título, en la portada se ve la flor, en relieve; el hombre pasa los dedos sobre ella, poco después abre el tomo: el rey de Persia aguarda la invasión de las lanzas del desierto, que sus soldados contemplan desde los alminares. El rey, llamado Attar de Nishapur, es viejo y ciego, y sabe que le espera la muerte; acaricia una rosa, sin cortarla; presiente que la rosa que está en su mano es infinitas cosas: firmamentos, tigres, alcázares, ríos, jardines, estrellas, laberintos...

El anciano sentado en el belvedere es el autor del libro. No lo matará la espada, cuyo mejor lugar es el verso: no tiene más enemigo que la vejez, el tiempo concedido que se le acaba. Dice no haber sido feliz, pero cuando habla recuer-

da innumerables momentos dichosos; tampoco ha tenido hijos, pero no le falta el amor de una mujer, ni incontables amigos con los que dialogar, ni su gato, llamado Beppo, que le hace silenciosa compañía las tardes en las que se queda en casa, imaginando las historias que luego habrá de dictarle a su esposa. No puede ver, mas puede pensar, imaginar, entender...

Y puede oír los pasos de una persona que se le acerca: se trata de una mujer, ya no muy joven, que mira a los estudiantes universitarios con nostalgia, recordando los tiempos en los que ocupaba esas incómodas sillas y leía, con apasionado y lento deleite, las páginas de ese hombre, que empezaba entonces a ser internacionalmente conocido.

Se acerca a él y se presenta: se llama Carlota, y ahí se le apaga la voz. A pesar de los años, el hombre no se ha acostumbrado a la fama; afable por naturaleza, no se jacta de las páginas que ha escrito, quizás por ello siempre tiene una frase amable para todos, admiradores o no. Nadie le ha escuchado jamás un reproche, una mala palabra. El anciano invita a Carlota a sentarse junto a él, ella se tranquiliza, y empiezan a conversar.